

MARGUERITE AUDOUX

Marie-Claire

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



El gran éxito de 1910 en Francia
y que dio nombre a la revista
MARIE CLAIRE



Marie-Claire

Marguerite Audoux

Marie-Claire



Traducción de Max Lacruz

Prefacio de Octave Mirbeau



Primera edición: noviembre de 2022

Título original: *Marie-Claire* (1910)

© de la traducción: J. M. Lacruz, 2022

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2022
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 978-84-125219-7-9
Depósito Legal: M-27546-2022

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *La lección*, Norbert Goeneutte (1876)

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

PREFACIO

Francis Jourdain me confió una noche la dolorosa vida de una mujer de quien era gran amigo.

Se trataba de una costurera, siempre delicada de salud, muy pobre, a veces sin un trozo de pan para comer. Su nombre era Marguerite Audoux. A pesar de todo su coraje, y dado que no podía trabajar ni leer, pues sufría cruelmente de los ojos, empezó a escribir.

No escribía con la esperanza de publicar sus obras, sino para no pensar demasiado en su miseria, para distraer un poco su soledad, por verse acompañada, y también, creo yo, porque le gustaba escribir.

Conocía él una obra suya, titulada *Marie-Claire*, que le parecía muy hermosa.

Me pidió que la leyera. Me complace el gusto de Francis Jourdain, y siempre lo tengo en gran

consideración. Su forma de pensar y su sensibilidad me proporcionan alegrías infinitas...

Al entregarme el manuscrito, añadió:

—Nuestro querido Charles-Louis Philippe admiraba mucho esta obra... Le habría gustado que el libro se publicase. ¿Pero qué podía hacer por los demás, si no podía hacer nada para sí mismo...?

Estoy convencido de que los buenos libros tienen un poder indestructible...

No importa la larga distancia de donde vengan o lo escondidos que estén en una casa obrera, siempre acaban revelándose. Por supuesto, hay quien los odia, quien reniega de ellos y los injuria... Pero ¿acaso importa? Son más poderosos que todo y que todos.

Y la prueba es que la editorial Fasquelle publica hoy la obra *Marie-Claire*.

Me agrada hablar de este admirable volumen, y me gustaría, con la más sincera lealtad, interesar a todos los que aún aman la buena lectura. Como yo mismo, sentirán una emoción nueva y muy poderosa.

Marie-Claire es una obra de gusto exquisito. Su sencillez, su verdad, su elegancia de espíritu, su profundidad y su novedad impresionan. Todo está en su lugar, las cosas, los paisajes, las personas. Están marcados, dibujados de un trazo, el trazo que se necesita para hacerlos vivos e inolvidables.

Uno nunca desea otro, tan preciso, pintoresco y colorido como este para con su plan. Lo que nos asombra sobre todo, lo que nos subyuga, es la fuerza de la acción interior, y es toda la luz suave y cantarina la que se eleva en este libro, como el sol en una hermosa mañana de verano. Y uno puede sentir la frase de los grandes escritores: un sonido que ya no escuchamos casi nunca, y donde nuestro espíritu se maravilla.

Y he aquí el milagro: Marguerite Audoux no era una «intelectual desclasada», fue una pequeña costurera que, a veces, prestaba horas en casas *burguesas* para ganarse tres francos, y a veces trabajaba en casa, en una habitación tan estrecha que tenía que apartar al maniquí para llegar a la máquina de coser.

Contó cómo de joven, mientras cuidaba ovejas en una granja de la región de Sologne, el descubrimiento de un viejo libro en un desván le reveló el mundo de las historias. Desde ese día leyó con una creciente pasión todo lo que pudo conseguir, folletines, viejos almanaques, etc. Y se apoderó de ella el deseo vago y no bien formulado de escribir algún día sus propias historias.

Y ese deseo se cumplió el día en que el médico del hospital le prohibió coser, so pena de quedarse ciega.

Hay periodistas que han imaginado que Marguerite Audoux exclamó entonces:

—¡Como ya no puedo coser un corpiño, haré un libro!

Esa leyenda, capaz de satisfacer tanto el gusto burgués por lo extraordinario como el desprecio que se tiene por la literatura, es falsa y absurda.

Para la autora de *Marie-Claire*, el gusto por la literatura no es distinto de la curiosidad superior por la vida, y lo que ella disfrutaba observando era, simplemente, el espectáculo de la vida cotidiana, pero aún más lo que imaginaba sobre la existencia de las personas que encontraba a su paso. Ya los dones de su intuición igualaban sus dotes de observación...

Nunca habló con nadie de esta «manía» de garabatear palabras, y quemaba sus fragmentos de papel, pues pensaba que no podían interesar a nadie.

Fue solo la casualidad lo que la condujo a un ambiente donde se reunían algunos jóvenes artistas, y que se diera cuenta de lo mucho que seducía y atrapaba su don para contar historias. Charles-Louis Philippe, particularmente, la animaba, si bien nunca le dio consejos. Dirigidos a una mujer cuya sensibilidad estaba ya tan bien educada, cuya voluntad era tan fuerte, y con el temperamento bien asentado, él sentía que habrían sido más inútiles que peligrosos.

En nuestra época, todas las personas educadas, y las que creen estarlo, se esfuerzan por regresar a la

tradición y hablan de imponerse *la más severa disciplina...* ¿No es encantador que sea una costurera, ignorante de la ortografía, quien encuentre, o más bien invente, esas grandes cualidades de sobriedad, de gusto y de evocación, que la experiencia y la voluntad nunca alcanzan por sí solas?

La fuerza de voluntad, además, no es lo que le falta a Marguerite Audoux, y, en cuanto a la experiencia, lo que la suple es ese sentido innato del lenguaje que le permite escribir, no como una sonámbula, sino trabajando la frase, equilibrándola, para simplificarla con vistas a un ritmo cuyas leyes ignora, pero que su infalible ingenio concibe y expresa con una maravillosa y misteriosa sabiduría.

Ella tiene el don de la imaginación, pero entendámonos bien: de una imaginación noble, ardiente y magnífica, que en nada se identifica con aquella de las jóvenes soñadoras, ni con la de los novelistas que especulan. Ni se aparta ni va más allá de la vida; sencillamente hace que los actos que ella ha observado sean más duraderos para nosotros, y los expone más claramente.

Si yo fuera un crítico, o bien, Dios no lo quiera, un psicólogo, llamaría a esta imaginación una imaginación deductiva. Pero no me aventuro en este peligroso terreno.

Lean *Marie-Claire...* Y, cuando lo hayan leído, sin querer herir los sentimientos de nadie, se

preguntarán cuál de nuestros escritores —y hablo de los más afamados— sería capaz de escribir un libro así, con tal impecable medida, y una pureza y grandeza tan radiantes.

OCTAVE MIRBEAU

Marie-Claire

PRIMERA PARTE

Un día, mucha gente vino a nuestra casa. Los hombres entraban como a una iglesia, y las mujeres se persignaban al salir.

Me colé en la habitación de mis padres y me sorprendió ver que mi madre tenía una gran vela encendida junto a su lecho. Mi padre estaba inclinado a los pies de la cama, mirando a mi madre, que dormía con las manos cruzadas sobre el pecho.

Nuestra vecina, la señora Colas, nos retuvo en su casa todo el día. A todas las mujeres que salían de nuestra casa, les decía:

—Sabe, no ha querido besar a sus hijas...

Las mujeres se sonaban las narices, y la señora Colas añadía:

—Estas enfermedades te vuelven mezquino.

Durante los días siguientes llevamos vestidos con grandes cuadros blancos y negros.

La señora Colas nos daba de comer y nos mandaba a jugar al campo. Mi hermana, que ya era mayor, se adentraba entre los setos, trepaba a los árboles, rebuscaba en la zona de los estanques y volvía al atardecer con los bolsillos llenos de todo tipo de bichos, que me asustaban y hacían enfadar a la señora Colas.

Sentía yo una gran repugnancia especialmente por las lombrices de tierra. Esa cosa roja y elástica me causaba un horror indecible y si, por casualidad, aplastaba una, sentía prolongados escalofríos de asco. Los días en que yo sufría flato, la señora Colas prohibía a mi hermana alejarse. Pero mi hermana se aburría y quería llevarme, a toca costa. Así que cogía unos gusanos, que dejaba pulular en las manos, y los acercaba a mi cara. Inmediatamente, yo decía que ya no me dolía nada y la dejaba arrastrarme al campo.

Una vez, me arrojó un gran puñado de gusanos al vestido y yo reulé tan apresuradamente que me caí en un caldero de agua caliente. La señora Colas se lamentaba mientras me desvestía. No me dolió mucho; le prometió a mi hermana unos buenos azotes y, cuando los deshollinadores pasaron por la casa, los llamó para que se la llevaran.

Los tres entraron con sus bolsas y cuerdas; mi hermana gritaba y pedía perdón, y yo sentía vergüenza por estar desnuda.

Mi padre nos llevaba a menudo a un lugar donde había unos hombres que bebían vino; me ponía de pie entre los vasos para hacerme cantar el lamento de Genoveva de Brabante. Todos esos hombres se reían, me besaban y querían hacerme beber vino.

Siempre era de noche cuando volvíamos a casa.

Mi padre daba grandes zancadas mientras se balanceaba; a menudo casi se caía, y a veces se ponía a llorar con fuerza, diciendo que le habían cambiado la casa de sitio. Entonces mi hermana gritaba y, a pesar de la oscuridad, siempre era ella quien acababa encontrando la casa.

Sucedió una mañana que la señora Colas nos cubrió de reproches, diciendo que éramos unas niñas que atraíamos la desgracia, que no nos daría más de comer y que podíamos ir a buscar a nuestro padre, que a saber adónde se había ido. Cuando se le pasó el enfado, nos dio de comer, como de costumbre; pero, unos momentos después, nos hizo subir al carro del señor Chicon. El carro estaba lleno de paja y sacos de grano. Me colocaron detrás, en una especie de nicho entre los sacos; el carro se inclinaba hacia atrás, y cada sacudida me hacía resbalar por la paja. Tuve mucho miedo durante todo el camino. A cada resbalón, pensaba que me iba a caer del carro o que los sacos se me derrumbarían encima.

Paramos delante de una posada. Una mujer nos hizo bajar, sacudió la paja de nuestros vestidos y nos dio a beber leche. Mientras nos acariciaba, le dijo al señor Chicon:

—¿Cree que su padre las querrá, pues...?

El señor Chicon sacudió la cabeza, mientras golpeaba la pipa contra la mesa; hizo una mueca con su labio grueso y respondió:

—Puede haberse ido incluso más lejos. El hijo de Girard me dijo que lo había visto en el camino a París.

El señor Chicon nos condujo entonces a una hermosa casa, donde había una escalinata con muchos peldaños.

Conversó durante mucho tiempo con un caballero que hacía grandes gestos, y habló de una vuelta a Francia. El caballero me puso la mano en la cabeza y repitió varias veces:

—No me había dicho que tenía hijas.

Comprendí que se refería a mi padre y le pedí poder verlo. El hombre me miró sin responder y luego le preguntó al señor Chicon:

—¿Cuántos años tiene esta?

—Unos cinco... —dijo el anciano.

Mientras tanto, mi hermana jugaba en la escalera con un gatito.

El carro nos llevó de vuelta donde la señora Colas, que nos recibió con un montón de refunfu-

ños y empujones; unos días más tarde, nos subió al tren, y esa misma tarde ya estábamos en una casa grande donde había muchas niñas.

La hermana Gabrielle nos separó enseguida. Dijo que mi hermana era lo suficientemente mayor para ir con las medianas, mientras que yo me quedaría con las pequeñas.

La hermana Gabrielle era muy bajita, vieja, delgada y encorvada; dirigía el dormitorio y el refectorio. En el dormitorio, pasaba su brazo seco y duro entre nuestra camisa y la sábana, para asegurarse de que estábamos secas, y azotaba a horas fijas con una vara a las que tenían las sábanas húmedas.

En el refectorio, preparaba la ensalada en un enorme lebrillo amarillo.

Con las mangas remangadas hasta los hombros, hundía una y otra vez los dos brazos negros y nudosos en la ensalada, que salían de allí brillantes y chorreando; me recordaban las ramas muertas en un día de lluvia.

Tuve una amiga muy pronto.

La vi venir hacia mí, contoneándose y mirando con descaro.

No era mucho más alta que el banco en el que yo estaba sentada. Apoyó los codos despreocupadamente sobre mí y me dijo:

—¿Por qué no juegas?

Le contesté que me dolía el costado.

—Ah, sí, tu madre tenía un problema de corazón, y la hermana Gabrielle ha dicho que te morirás pronto.

Se subió al banco y se sentó escondiendo las piernecitas.

Luego me preguntó mi nombre y mi edad, y me dijo que ella se llamaba Ismérie, que era mayor que yo y que el médico decía que no crecería nunca. También me contó que la maestra de clase se llamaba hermana Marie-Aimée, y que era muy mala y que castigaba duramente a las habladoras.

De repente, se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Augustine!

Su voz era como la de un chico, y tenía las piernas un poco torcidas.

Al final del recreo, la vi encaramada a la espalda de Augustine, que la zarandeaba moviendo los hombros, como para tirarla al suelo. Al pasar junto a mí, gritó con su vozarrón:

—Me llevarás tú también, ¿eh?

Pronto llegué a conocer a Augustine.

Mis ojos empeoraban de la dolencia que tenía. Por la noche se me pegaban los párpados, de modo que quedaba completamente cegada, hasta que me

los lavaban. Era Augustine quien se encargaba de llevarme a la enfermería. Todas las mañanas iba al pequeño dormitorio a recogerme. Podía oírla venir desde la puerta. No tardaba mucho, me cogía de la mano y me llevaba al mismo paso con el que había llegado, sin importarle si me tropezaba con las camas.

Atravesábamos los pasillos como el viento, y bajábamos los dos pisos como una avalancha; mis pies se encontraban con un escalón de vez en cuando, e iba bajando como si cayera al vacío; Augustine tenía una mano firme, que me sujetaba con fuerza.

Para llegar a la enfermería teníamos que pasar por detrás de la capilla, y luego por delante de una pequeña casa blanca; allí debíamos volver a acelerar el paso. Un día, como ya no podía más, caí de rodillas, y ella me levantó con una palmada en la cabeza, diciendo:

—¡Apúrate, estamos delante de la casa de los muertos!

Todos los días, después de eso, me advertía cuando estábamos frente a la casa de los muertos, porque temía que me cayese.

Me asustaba especialmente el propio miedo de Augustine. Cuando ella corría tanto, es que había peligro. Llegaba yo empapada de sudor a la enfermería y sin aliento; alguien me empujaba en una